

I. ANÁLISIS CAUSAL DEL CONFLICTO PALESTINO-ISRAELÍ

Introducción

Literatura sobre el conflicto palestino-israelí abunda en las bibliotecas. Sin embargo, ésta suele consistir en una serie de hechos de naturaleza bélica, en su mayoría, ordenados diacrónicamente. Pero, ¿es eso suficiente para comprender este problema anquilosado? También existe mucha bibliografía que aborda esta problemática desde enfoques más comprensivos e interpretativos, pero suelen ser arbitrarios – claramente pro-palestinos o pro-israelís –, reduccionistas – esbozando un único factor omnicomprendido – o ambas cosas. En este trabajo, en aras de comprender con mayor profundidad la naturaleza de este conflicto, se ha considerado preciso recurrir a otros factores que no aparecen en el relato más aséptico de los hechos, prestándole especial atención al factor religioso-simbólico, por considerarlo clave para la comprensión del caso a analizar. No obstante, el enfoque elegido para analizar esta problemática será uno holista, ya que sólo a través de la revisión sistémica de una pléyade de factores, que parecen reforzarse mutuamente para acrecentar la complejidad del problema, parece posible hacer una exploración seria del conflicto en cuestión.

El factor religioso

Si nos remontamos a las tradiciones de judíos y árabes-musulmanes, nos encontramos con un relato que los entronca familiarmente. Tanto los árabes-musulmanes, como los judíos religiosos – es importante hacer esta distinción ya que el judaísmo ha sufrido una fuerte secularización – se consideran hijos de Abraham, unos por parte de Isaac (judíos), y otros por parte de Ismael (beduinos nómadas). Ismael parece que fue el primer hijo de Abraham, fruto de la unión de Abraham y una esclava egipcia llamada Agar. La verdadera esposa de Abraham, Sara, ante su imposibilidad de concebir, animó a éste para que mantuviera relaciones con Agar. Posteriormente, Sara pudo quedar embarazada a edad avanzada y dio a luz a Isaac. Entre estas dos mujeres surgió una animadversión, viéndose así Abraham obligado a expulsar a Agar y a su hijo Isaac. Éstos se establecieron en Arabia e Ismael tuvo doce hijos de los que surgieron las tribus árabes. De Isaac brotaron las tribus judías. Se dice que Isaac e Ismael se veían regularmente, aun después de la muerte de su padre. Sin embargo, el desarrollo cultural de ambos grupos, especialmente a partir del año 622 d.C. con el surgimiento del Islam, tomó caminos muy diversos. El conflicto palestino-israelí puede tener sus raíces en la supuesta oposición virulenta que, según los musulmanes, los judíos mostraron a Muhammad, el profeta del Islam.

Sobrevolaremos brevemente la cosmovisión judía y la islámica para comprender un poco el universo simbólico que puede estar contribuyendo de manera relevante al conflicto geopolítico y económico que enfrenta a palestinos e israelíes.

Según la tradición de la Torá que es aceptada por judíos y musulmanes, a los hijos de Isaac se les prometió una tierra fértil donde vivirían en paz y prosperidad. Tras la dominación egipcia de los judíos, Moisés guiaría a su pueblo a esa zona. Los judíos sostienen que el Israel de hoy es esa tierra.

Después de que los descendientes de Isaac se asentaran en Israel, este pueblo tuvo momentos de gran prosperidad y brillantez. Se sucedieron una serie de reyes-profetas que permitieron hacer que una civilización floreciera. Sin embargo, en el año 70 d.C., el emperador romano Tito expulsó definitivamente a los judíos de Jerusalén. Desde entonces, los judíos han estado dispersos por distintas partes del mundo y han sido objeto de desprecio y persecución reiterados, sin un Estado ni territorio propios hasta 1948. Esta animosidad de otros pueblos por diferentes motivos – envidias, desprecio... –, junto con un sentido fuerte de comunidad y una auto imagen de pueblo escogido, forzó a los judíos a replegarse hacia dentro de su comunidad en una especie de endogamia colectiva, permitiendo mantener parte de su cultura a través de los siglos. Durante todo este tiempo, los líderes religiosos judíos mantuvieron en la memoria colectiva la idea encerrada en su libro sagrado de que al final de los tiempos les sería devuelta su Tierra Sagrada. Las facciones más ortodoxas del pueblo judío hoy día ven en el asentamiento judío en Israel el cumplimiento de sus promesas ancestrales. Esta convicción, junto con una memoria histórica de naturaleza victimista, sirve de legitimidad para mantener las posturas más radicales frente a los palestinos musulmanes. Hace un año y medio, cuando visité Israel, asombrado por la capacidad de ese pueblo que consiguió mantener su cultura a pesar de estar dispersos por más de 1800 años, fascinado por el desarrollo económico y tecnológico alcanzado en sólo 60 años, y sorprendido por su poder militar, pregunté a una judía bien educada nacida en Alemania y ciudadana israelí qué mecanismos colectivos habían utilizado durante esos siglos para alcanzar esos logros. Su corta respuesta en inglés me descolocó: “You know. We are the chosen people” (*Ya sabes. Somos el pueblo escogido*).

La cosmovisión que anima a los palestinos musulmanes, si bien tiene los mismos orígenes que la de los judíos, es de una naturaleza distinta. Este universo simbólico tomó un curso diferente al de los judíos, como se mencionó antes, a partir del S. VII d.C. con la aparición de Muhammad y del Islam.

Las enseñanzas de Muhammad llamaban a los pueblos de Arabia a crear una nueva nación fiel al mismo Dios hebreo que hizo un pacto o alianza con Abraham, renovado por Moisés, posteriormente por Jesús, y ahora revitalizado por el “sello de los Profetas”, Muhammad. Esta concepción ha conducido a los musulmanes a creer también que son el pueblo escogido, que son objeto de la gracia de Dios a través de la más reciente revelación de Dios inscrita en el Corán y que los judíos, al no reconocer al “Profeta”, siguen unas creencias anacrónicas.

Sin duda, el desenvolvimiento del Islam en Arabia y su posterior extensión mediante un espíritu de conquista es en sí un objeto de investigación muy complejo y profundo como para abordarlo en este trabajo. Baste mencionar dos cosas relativas a la relación de la nueva nación musulmana y el pueblo judío: 1. Hubo serios conflictos debido a la asociación de los judíos con algunas tribus beligerantes árabes poco hostiles a Muhammad y al Islam. La memoria de esta “traición” de los judíos se ha ido transmitiendo generación tras generación. 2. La tradición musulmana comenzó a considerar Jerusalén como ciudad sagrada íntimamente ligada al “Profeta” ya que, supuestamente, en su famoso sueño nocturno – que algunas facciones musulmanas consideran un viaje real –, Muhammad voló desde la Meca hasta el Templo de Salomón en Jerusalén, lugar hacia donde primeramente se volvían en oración los árabes-musulmanes, siguiendo claramente la tradición judía.

Si hemos hecho este repaso por el universo simbólico judío y musulmán, es porque consideramos éste es un elemento *sine qua non* para comprender la naturaleza del conflicto palestino-israelí. En ocasiones, al explorar esta problemática se pasa por alto este factor al centrarse exclusivamente en otras causas – también fundamentales – de índole política, económica, y de reconocimiento.

Lo mencionado anteriormente tiene que ver con las cosmologías tradicionales de ambos pueblos. Esta cosmovisión nutre el conflicto haciendo imposible que, a no ser que ambas sociedades se secularicen completamente¹ (y ésta no parece ser la tendencia, como se analizará más adelante) o se genere una nueva cosmovisión compartida, la lucha simbólica se resuelva, por mucho que traten de lograrse acuerdos territoriales. Pero observemos cómo han evolucionado las concepciones religiosas en tiempos más recientes.

Como vimos al principio, el sionismo nació como un movimiento secular socialista. Intelectuales judíos alemanes y norteamericanos bastante influenciados por el espíritu ilustrado y, en algunos casos, por la utopía comunista, diseñaron el proyecto. A principios del S. XX, la posición de los religiosos ortodoxos judíos con respecto al sionismo era clara. Para ellos (representados por las primeras agrupaciones de Polonia) el regreso de los judíos a la tierra de Israel sería posible sólo, como parte del proceso de Redención, por intervención divina. Por tanto, estaban en contra del sionismo y del establecimiento del Estado de Israel. De hecho, algunos asentamientos judíos en la antigua Palestina, tras la constitución del Estado de Israel, no quisieron siquiera tener ciudadanía. No obstante, esta concepción fue reformulándose, fruto de las reinterpretaciones del Rabino Kook. Rabí Kook, símbolo del movimiento sionista religioso creado por su padre, afirmaba que la conquista del ejército israelí secular contribuía al propósito divino, ya que después de la Guerra de los Seis días el territorio del Estado de Israel coincidía casi con la Tierra de Israel (Bíblica). Pocas semanas después se conquistó Jerusalén Occidental. Esta nueva visión hacía una nueva interpretación sobre la actitud apropiada del religioso judío hacia el Estado de Israel. Antes se rechazaba este Estado por ir en contra del judaísmo que debía esperar la llegada del Mesías para establecer el Estado Judío. Ahora, la creación del Estado de Israel y la ocupación de la totalidad de Palestina acelerarían la venida del Mesías.

Esta nueva visión fue enardecida por las victorias sorpresivas del 67 y del 73. Un movimiento juvenil fuerte fue aún más allá, anunciando que la venida del Mesías era inminente y que esos últimos acontecimientos habrían sido claves a la hora de apresurar la Redención de Israel. Estos hechos tienen gran calado en la resolución del conflicto, ya que estas facciones se niegan a la cesión de Cisjordania, la franja de Gaza y Jerusalén Este. Es más, iniciaron un fuerte movimiento de colonización de esos territorios, impulsados por esa reinterpretación legitimadora.

Las ideas de Kook cristalizaban en el ámbito político en el grupo Gush Emunim (Bloque de fieles). Formado en 1974 con el propósito de influenciar en la política,

¹ El tema del retorno de la religión es un debate abierto. Algunos autores proclamaban al principio del siglo XX la pronta desaparición de la religión, a medida que las sociedades se modernizaran. Los hechos parecen descartar esta hipótesis, mostrando que la religión y la sociedad siempre están unidas. La religión puede que adopte naturalezas distintas, pero es un elemento de la vida social, sin el cual, como dice Durkheim, sería imposible comprender la sociedad misma. Para más información sobre este tema véase: Daniel Bell, "The return of the Sacred", *British Journal of Sociology*, 27 (4):419-449, 1977.